

LATIDOS
EN EL
SÓTANO

MARTA MARTÍN GIRÓN
MARCOS NIETO PALLARÉS

LATIDOS EN EL SÓTANO

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Latidos en el sótano

© Marta Martín Girón y Marcos Nieto Pallarés

Primera edición: julio 2018

ÍNDICE

[EN CARNE VIVA](#)

[EL SÓTANO](#)

[PASO A PASO](#)

[ENCUENTRO SORPRESA](#)

[EL INVITADO ESPERA](#)

[EL GOLFO](#)

[PREPARATIVOS](#)

[SOBRE UNA LÁMINA DE ACERO INOXIDABLE](#)

[UNO MENOS](#)

[MIEDO](#)

[UNA CITA DOBLE](#)

[TAREAS PENDIENTES](#)

[NOTICIAS](#)

[SUMISIÓN QUÍMICA](#)

[FALLO MULTIORGÁNICO](#)

[LA CHICA DEL TATUAJE](#)

[Y SI...](#)

[CUIDADO CON LOS ESCALONES](#)

[HOSPITAL](#)

[LISTO PARA SENTENCIA](#)

[UNA VISITA INESPERADA](#)

CAPÍTULO 1

EN CARNE VIVA

Cercanías del río Kansas

Noviembre de 2018

JOSH LAUPER

—¿Quieres que conduzca? —preguntó Margaret mientras se pintaba los ojos, mirándose en un pequeño espejo de mano—. Te veo cansado.

—¿En el cristal? ¿Me divisas ahí metido?

—No seas absurdo.

—Estoy bien, gracias.

La oscuridad bañaba la carretera. El sol se había apagado tras el horizonte hacía horas, asemejando caer a plomo tras las montañas.

Mentí: me dolía la cabeza. Quizá por eso, aparte del astro rey, la línea que dividía la calzada parecía ser lo único ante mis ojos. Tras esconderse, el frío se haría más intenso. Dentro de mi Mustang el calor contrastaba con la gelidez afuera; podía incluso percibirlo si acercaba mis dedos a las juntas de la puerta.

—¿Qué te ha dicho Sand exactamente? —le pregunté a mi compañera, que seguía acicalándose.

—Lo primero, que cojas el móvil de vez en cuando.

—¿Para qué te necesitaría, entonces?

—Cada día resultas más gracioso, ¿sabes? En fin... Un hombre joven tirado en la orilla del río Kansas, con múltiples heridas. Dentro de veinte minutos —según el GPS— podrás verlo con tus propios ojos, «don ansias».

Necesitaba hablar para no dormirme, pero tampoco quería que condujera ella. Supongo que con la edad me había vuelto un bicho raro, uno de esos señores cascarrias y tocapelotas que tanto me irritaban cuando empecé como detective.

Demasiadas escenas como la que esperaba a un puñado de kilómetros. Aunque de ser sincero, todas me parecían ya iguales, diferenciadas únicamente por pequeños detalles; pero al final, se resumían en un hombre o una mujer asesinados, tirados aquí o allá, con sus cadáveres más o menos mutilados.

—Es por aquí, a la izquierda —me indicó Margaret con el móvil en la mano, siguiendo las indicaciones del GPS—. Estamos muy cerca.

«Menos mal que entiendo de temas tecnológicos —pensé mientras sentía una leve mejoría en mi dolor craneal—. Me quitas del buscador de Google y...».

Me reí al volante.

—¿Qué?

—Nada —contesté adusto—. Me río solo.

—Menudo panorama me espera...

—¿Tan malo soy?

—Estaba bromeando, jefe.

Sabía perfectamente lo que me consideraba. Aun con mis achaques de gilipollez, siempre la trataba con res-

peto. Pero me gustaba —y mucho— buscarle las cosquillas. ¿Qué sería de dos detectives sin el característico cachondeo entre compañeros? Bastantes penurias veíamos ya.

Justo tras mis pensamientos, aparecieron los primeros vehículos policiales, dotando a la escena de su característica iluminación roja y azul.

La luz de la luna resultaba insuficiente para ejercer nuestro trabajo con eficacia. Aparcamos fuera de la zona precintada. Lo primero que atendí fue un lugar de recreo, el típico donde las familias van a merendar un domingo por la tarde al resguardo del río Kansas. Lo segundo, al intenso frío. El vaho emanaba de la boca de mi compañera, que lucía unos labios rojo carmesí.

El comisario Sand, como siempre, presidía la escena del crimen.

—Que te informe de todo —le «ordené» a Margaret—. Voy a echar un vistazo.

Asintió, dirigiéndose hacia nuestro superior, que ya había advertido nuestra presencia.

Pasé de largo mientras mi compañera y su jefe conversaban sobre lo que a punto estaba de contemplar con mis propios ojos.

Me dirigí hacia una especie de muelle de madera donde la policía forense tomaba fotos de lo que sin duda era un cuerpo —que aún no podía ver con claridad—, buscando los motivos de su muerte y, quizá, alguna prueba que me condujera a su asesino.

Cuando alcancé el borde, se me heló la sangre. En mis treinta años de carrera jamás contemplé una estampa semejante. Envuelto en plásticos y celofán. Unos metros a un lado del saliente, constreñido entre rocas, encontré a un hombre desnudo, tirado en la linde del río. Doblegado a

causa de lo accidentado del terreno, con un pedrusco entre las piernas y otro bajo la cabeza y el brazo izquierdo, parecía estar posando para una película de terror antigua, de esas en las que colocaban al cadáver para que quedara «bonito».

Los focos le alumbraban sobre un manto de agua oscura, sobre una corriente débil. El «embalaje» no evitaba que pudiéramos reparar en el individuo que, a duras penas, se escondía tras él. Su rostro y cuello se mostraban enrojecidos, lacerados por quemaduras y ampollas. En el pecho lucía pequeños cortes, algunos parecían bastante profundos. Y su entrepierna... «¿*Qué cojones te han hecho, colega?*». Su entrepierna se encontraba literalmente en carne viva, como abrasada por algún tipo de ácido. La piel, en general, se le atendía magullada, sobre todo en frente, muñecas, axilas, tobillos y muslos, donde lucía arañazos y algún que otro moretón.

Allí, tirado y medio envuelto, asemejaba un pedazo de carne a punto de ser envasado al vacío y enviado a un supermercado cualquiera.

Ni siquiera me arremangué los pantalones. Me puse los guantes de látex y, ante la atónita mirada de los presentes, me metí en el agua. Aunque de ser sincero, la mayoría conocía mis métodos: me mojaba si era necesario.

«*Su puta madre*».

El agua estaba helada como un tempano de hielo —valga la redundancia—.

Me acerqué a su piel. Mis ojos la recorrieron como un escáner. Pude apreciar un ligero moretón en su antebrazo y un pequeño punto rojo, sin duda, provocado por una aguja. «¿*Le han drogado?*».

Nada más. Al menos, que no hubiera visto ya desde el pequeño muelle.

Quizá por el efecto del agua, o quizá porque llevaba muerto poco tiempo, no olía demasiado mal. En aquella íntima distancia pude apreciar sus facciones: un muchacho joven de no más de veinticinco años, moreno y de ojos marrones; físicamente esbelto, delgado aunque de marcada musculatura.

—¿Está calentita el agua? —preguntó Margaret desde el saliente, guasona.

—¿Quieres darte un baño? —Asintió bromista—. Porque tienes mi permiso...

—Una familia lo ha encontrado hará unas tres horas —dijo ignorando mi último comentario, saliendo yo del agua—. Poco más. Todavía no lo han identificado.

—Bien. ¿Qué ves?

—A un tipo tirado en un río, maltratado, envuelto en plástico...

—¿Y ya está? ¿Solo ves eso?

Notaba el frío serpenteando entre los dedos de mis pies. «*Esto va a costarme un resfriado*».

—A falta del informe forense... Podría aventurar mil cosas, ya sabes, pero no serviría de mucho, ¿no, jefe?

—Apenas le han arrojado a medio metro de distancia, lo que indica que fue una sola persona. Dos hombres, incluso dos mujeres, hubieran conseguido más separación y le habrían encontrado vete tú a saber dónde. —Mi compañera, como siempre, atendía concentrada a mis deducciones, aunque, como ella bien decía, en aquel momento sirvieran de poco—. Por otro lado, sus partes en carne viva,

me dicen que el homicidio puede deberse a una venganza de índole sexual.

—Todo apunta a una mujer, ¿no?

—O un homosexual no demasiado fuerte. A este tipo no le han apuñalado por la espalda precisamente. Lo que le han hecho requiere de preparación, y me atrevería a decir, que de fuerza bruta. A no ser que le suministraran algún tipo de droga... En fin..., suposiciones. Habrá que esperar.

—Sí... ¿Has pensado que quizá quería que encontráramos el cadáver?

—Espero que todo se deba a las prisas. Por lo general, cuando un asesino muestra su «obra» deliberadamente, suele volver a actuar.

Me dirigí a Stuart Thompson, el jefe del departamento forense, que observaba concentrado cerca de donde yo estaba.

Este va a dar trabajo, ¿eh? —musité mientras los miembros del equipo que dirigía, ataviados con la habitual indumentaria y el fluido a la altura de la pantorrilla, buscaban pruebas entre las rocas, cuerpo y plástico; él se había ganado el derecho a no meterse en aguas «turbulentas».

—Creo que va a llevarse el primer premio en lo referente a cuerpos maltrechos.

—¿Me paso mañana por la tarde, sobre las seis?

—Pásate. Determinaré el origen de las lesiones lo antes posible; mañana, Mozart sonará temprano.

—Gracias. —Le sonreí, aunque el dolor de mi testa evitó que lo hiciera ampliamente—. Mi trabajo ha concluido. Podéis sacarle de ahí cuando os plazca.

Un intenso fognazo de luz se manifestó a mi espalda. Tardé medio segundo en descifrar su procedencia.

—¡Echadle de ahí, joder! ¿No sois capaces de mantener la escena de un crimen despejada?! ¡Y quitadle la puta cámara, hostia!

«*Son como depredadores* —pensé mientras se llevaban arrastras al periodista—. *Prensa de los cojones*».

Tras la fugaz intromisión, me dirigí hacia el comisario Sand, que discutía con un agente en la zona de recreo pegada al muelle.

—Retírese —ordenó al percatar mi acercamiento.

—Avísame en cuanto sepan la identidad del sujeto —solicité de inmediato, deseoso por regresar al hogar, dormir e intentar calmar la jaqueca—. Supongo que denunciarían la desaparición.

»Apuesto por un acto premeditado y bien tramado, a que estuvo encerrado y, obviamente, a que fue torturado. Por otra parte, parece un caso aislado: alguien jodió a alguien y lo pagó caro.

—Eso espero, Josh —anheló alicaído—. Nos hacemos viejos. No estamos para ir detrás de asesinos en serie. Al menos yo.

—Cierto. Cada día se hace más difícil, pero al mismo tiempo a uno le cuesta dejarlo.

—Sí... Siento que sin mí todo se iría al carajo.

—No sufras por eso. Para que algo se derrumbe ha de estar en pie; y el mundo hace mucho que hincó la rodilla.

El camino de vuelta transcurrió entre lucubraciones. Una escena del crimen como la que acabábamos de presenciar inducía a teorizar.

Imaginé un coche familiar —no sé por qué— manio-brando en plena noche hasta dejar el maletero cerca de la linde del muelle. proyecté saliendo del vehículo a una mujer rubia con gafas de sol —del todo ilógico— dirigiéndose a su parte trasera. La figuré sacando, no sin esfuerzo, a nuestro «amigo» aún por identificar. La visualicé nerviosa, haciéndolo rodar por el suelo hasta dejarlo caer sobre las rocas, malparando el plástico con el que lo había envuelto.

Margaret dormía con la cabeza apoyada en la ventanilla. Subí la calefacción para que el frío no truncara su descanso y, de paso, yo no perdiera ningún dedo de los pies. Aunque a ella, en realidad, nada le quitaba el sueño; no llevaba suficientes escenas del crimen a sus espaldas.

Recuerdo el día que me la adjudicaron. «*¡Enderéza-la!* —ordenó el comisario un tanto irritado—. *¡La primera de su promoción, pero le falta espíritu, joder!*».

Sonreí al recordar las palabras de Sand.

A veces pensaba que se hacía la tonta, pues a la hora de la verdad, su intelecto siempre acudía al rescate. Simplemente, era una chica tranquila.

«*Quizá sea la mejor compañera posible, en la flor de la vida. Quizá le otorgue a mi cuerpo esa chispa que le falta, esa lozanía que advierto ya lejana*».

—Hemos llegado —anuncié ante el bloque de pisos donde vivía con su novio, al tiempo que le golpeaba suavemente en el hombro.

—Vale —susurró adormilada—. ¿A las ocho en comisaría?

—Sí. Empezaremos a recabar información. Poco más podemos hacer hasta que conozcamos la identidad del fiambre y ~~que~~ Stuart acabe el informe forense.

CAPÍTULO 2